



Utopías del fin del milenio

MARÍA ANA PORTAL ARIOSA*

El libro *Hacia nuevos modelos de relaciones interculturales* fue uno de los últimos esfuerzos de Guillermo Bonfil por abrir la discusión en torno al problema indígena de América Latina, en un marco sumamente delicado y controvertido: la conmemoración de los 500 años del encuentro entre dos mundos.

Hoy, después de los sucesos en Chiapas y las complejas y conflictivas relaciones con las que México llega al final del milenio, este texto adquiere otra dimensión.

Cuando terminé de leer el libro, me quedé con una sensación extraña: como si lo que acababa de leer más que un documento técnico fuese parte de una suerte de ritual,¹ en dos planos: uno individual y otro social. En el plano individual es un ritual de cierre de la obra de Bonfil, cuya trayectoria apuntó hacia el problema de la cuestión étnica frente al desarrollo moderno, recreando particularmente en su *México Profundo* el problema de la identidad, vista desde la polaridad entre lo tradicional y lo moderno occidental.

Desde la perspectiva social, me parece que es un ritual de terminación de un ciclo y de paso a otro, en donde se señalan y critican los errores históricos, en donde se saldan cuentas, pero también un ritual en donde se plasman las utopías que habrán de matizar y dibujar el ciclo por venir.

Todas las culturas tienen formas simbólicas particulares de marcar los grandes periodos de su existencia. Basta recordar la manera en que los aztecas recibían la nueva era después de 52 años y dejaban días de recogimiento y obscuridad para iniciar un fuego nuevo.

El mundo occidental también ritualiza sus cambios de era, aunque no siempre lo haga de manera formal como otras culturas.

Cada fin de siglo la historia nos muestra que ante la incertidumbre del futuro y la recomposición social –que implica una sensación de caos– surgen utopías que intentan dar orden proyectando una esperanza hacia el futuro.

Algunas culturas lo hacen desde su experiencia mítico/religiosa.

Occidente generalmente lo realiza desde el paradigma de la razón científica, heredada del positivismo del siglo pasado. Por ejemplo, a fines del siglo XIX, personajes como Comte, Durkheim, Marx, Freud, Nietzsche y Darwin, entre otros, nos ofrecieron desde posiciones diversas, una nueva comprensión del mundo y con ello la posibilidad de futuro, en un momento en el cual la transformación de un orden económico/político a otro, amenazaba la existencia social.

Hoy nos encontramos en un momento similar. Las utopías del siglo pasado que marcaron al siglo XX se desmoronan ante nuestros ojos. La lucha de clases es atravesada por movimientos étnicos, de género, de generaciones; las premisas de libertad, igualdad y fraternidad, fundamento ideológico del mundo moderno se cuestionan cotidianamente: la libertad comienza en mi derecho a ser diferente.

Por eso el texto que hoy se presenta puede ser visto como una síntesis de todo este proceso y por ello, a cuatro años de su primera formulación, continúa vigente y cobra un sentido fundamental.

Es un documento compuesto por 17 artículos, los cuales desde diferentes perspectivas: algunas de corte más teórico, otros con miradas específicas, se hilvanan a partir de un eje común: la reflexión en torno al problema de la etnicidad frente a los procesos de modernización. Por ello es un texto que se refiere necesariamente a la construcción de la identidad social. Una identidad que por definición implica contraste. Ese contraste es construido a partir de dos bloques aparentemente opuestos: el mundo tradicional identificado con los grupos indígenas y negros del continente americano vs. el mundo moderno, desarrollado, occidental y blanco. Relación que además no se constituye de manera neutral,

* Departamento de Antropología, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

sino bajo el signo de la dominación histórica.

Cada artículo, a su manera, intenta presentar alternativas a esta relación de subordinación, muchas de las cuales abogan por el no aislamiento, por la selección, adecuación y combinación de elementos civilizatorios desde la matriz “profunda” o tradicional, buscando que se gesten una identidad auténticamente latinoamericana.

Esto lleva a la reflexión en torno al problema del cambio y la permanencia de los grupos en el tiempo; es decir, al hecho de que todas las culturas se transforman continuamente para poder seguir siendo únicas y específicas, garantizando así su permanencia en el tiempo.

La utopía esperanzadora que nos dibujan estos autores a través de sus múltiples experiencias, se finca en la capacidad de los diversos grupos étnicos de constituirse como tales a partir de la incorporación de lo “ajeno” (entendido como lo moderno, lo tecnológico, etcétera) para mejorar sus condiciones de vida y como instrumentos para recrear su propia cultura. Algunos ejemplos aparecen: el uso de las computadoras para crear la escritura mixe, las grabadoras para reproducir la música tradicional purépecha, la apropiación de los

medios masivos para la comunicación entre comunidades, la apropiación de las formas religiosas hegemónicas desde la perspectiva popular, la recuperación de una forma específica de concebir la relación con la tierra plasmada en los mitos en Costa Rica, etcétera.

La paradoja de la modernidad globalizadora frente a los procesos de diferenciación no implica entonces antagonismo *per se*. Éste está dado a partir de la relación que se establezca entre ambos. Dicha relación es matizada por la capacidad del autorreconocimiento de los grupos, por la posibilidad de conciencia sobre sí mismos y las estrategias creativas que pueden gestar para su reproducción.

Pero esta relación para que juegue un papel positivo en la recreación cultural debe ser una relación simétrica y no de subordinación. Aquí el campo de lo político juega un papel central. La práctica de la democracia –real, no imaginaria– en Latinoamérica se abre como uno de los caminos de la simetría.

Al final de su artículo Bonfil planteó que quería una sociedad plural, pero –supongo que por las circunstancias de su momento– dejó abierta la posibilidad de una sociedad homogeneizadora:

Puedo admitir –sin entusiasmo– la posibilidad de un futuro uniforme. Si cumple sólo un requisito: que no sea impuesto por la voluntad de sólo algunos; que sea resultado de la decisión de todos nosotros. Entonces sí, seremos los perritos de Pavlov. ¿Felices? (Bonfil, 1993 : 234)

Hoy esa triste posibilidad parece alejarse cada vez más. Los grupos étnicos de nuestro continente, y del mundo entero, no han cejado en su lucha por “ser” ellos mismos. Tal vez algunos sucumban en el intento, pero muchos otros permanecerán para distinguir con sus voces el próximo milenio.

Este libro que hoy se presenta da cuenta de su momento, busca responder a problemas añejos y abrir nuevas preguntas; marca, en efecto, el cierre simbólico de viejas heridas; representa la conclusión de un ciclo que se abrió hace 500 años y que hoy nos toca a todos cerrar.

Notas

- ¹ Aquí me refiero a ritual no tanto en el sentido antropológico del término sino en un sentido metafórico.